

Entendimiento y Valoración Política del Hombre

Por JOSE MARIA DEL MORAL Y PEREZ DE ZAYAS

Discurso pronunciado al ser recibido como Director Honorario y Colaborador de número en el Instituto de Estudios Manchegos.

«¿Qué es el hombre para que tú, Señor, te acuerdes de él? ¿Qué, para merecer tu atención?»
Libro de los Salmos.—1, 8, v. 10-11.

I

INTRODUCCION

«A diferencia del resto de los animales, dice Laín, el hombre no puede existir si no es resolviendo problemas». En ello consiste nuestro honor y nuestra pesadumbre.

¿Y qué problema más acuciante, qué interrogante más ansiosa, puede plantearse el hombre que su propio ser y realidad de hombre?

Confesemos de entrada que más que con un problema, es con un verdadero misterio con lo que nos damos de bruces al llevar hasta el fin nuestras preguntas sobre el hombre. Pero, afortunadamente para nosotros, no es nuestro propósito ahora tener la audacia de acometer un estudio filosófico para el que nos falta preparación adecuada, sino, más sencillamente, y mas dentro también de nuestra afición a los temas de la Historia de la Cultura, hacer una síntesis cultural en la que pueda apreciarse con alguna claridad, la dependencia casi total en que se encuentra la especulación teórica sobre el orden político y el entendimiento filosófico—en puridad religioso—que sobre el hombre se ha sustentado a lo largo del proceso de la historia.

EL HOMBRE COMO TEMA DE CONOCIMIENTO

El hombre. Henos aquí ante el gran problema, como dice J. Ameal, «realmente el hombre es un misterio extraordinario y desconcertante. Materia y espíritu a la vez, en el orden de los cuerpos el primero, en el de las inteligencias el último; familiar con lo absoluto por la vida intelectual y, por otra parte, esclavo de las miserias y servidumbre provenientes de la contingencia; amarrado en ciertas decisiones a los instintos rastreros de la carne, tullido por la precariedad de los órganos corporales y, de repente, libre del peso de la tierra, escalando las altas cimas del pensamiento, gracias a su conocimiento que le permite subir hasta la noción de las esencias y a una voluntad movida por ideales de bien, de sabiduría, de justicia».

¿Cómo se explica, cómo se puede interpretar esta inmensa paradoja?

¿Cómo poner lógica a impulsos tan diversos, unidad en tanta contradicción y armonía en tan profunda dualidad?

Nada hay más interesante para el hombre que el hombre mismo.

Desde la primera aurota de la historia, tuvo

el hombre que percatarse de que él mismo era el objeto más digno y apasionante de su estudio y contemplación. Pero parece como si desde entonces se hubiese asustado ante tanto misterio y renunciado a enfrentarse con él, como un todo, como un verdadero mundo que es, renunciando también a investigar su ser y sentido auténticos. A veces parece que inicia la tarea; pero pronto se siente sobrecogido y exhausto por toda la tremenda problemática de esta ocupación con su propia índole, y vuelve atrás con una tácita resignación, «ya sea—como dice Buber—para estudiar todas las cosas del cielo y de la tierra, ya sea para considerar al hombre dividido en secciones, a cada una de las cuales podrá atender en forma menos problemática, menos exigente y menos comprometedora».

«La razón reside en el verdadero carácter de misterio que encierra el ser y la existencia de lo humano. No nos bastan las respuestas que pudieran darse a las ya clásicas preguntas que formulara Kant—¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me cabe esperar? es preciso responderse a otras más angustiosas todavía: ¿qué somos? ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos? Estas preguntas definitivas son las que han producido no solo vértigo sino espanto a los hombres que en ellas se han sumergido. Jamás la filosofía pura ha sabido contestarlas y el hombre, para tranquilizarse, tuvo siempre necesidad de echar mano de unas creencias religiosas para darse respuesta justificada, aunque no siempre satisfactoria, a estos últimos y definitivos enigmas.

La pretensión de encontrar la verdad del propio conocimiento del hombre por el camino de los saberes terrenales, no ha conducido sino a fracasos, porque el hombre, gran explicador de todas las cosas, no acierta a explicarse a sí mismo. Jamás saber terrenal alguno podrá responder a nuestras inquietudes íntimas y eternas de saber dónde va nuestra vida.

A ningún pensador, o simple historiador del pensamiento ajeno, se le ha escapado la dificultad que en todo tiempo ha encerrado este tema del conocimiento y entendimiento del hombre. Terminantes son las palabras con las que, a este respecto, inicia Julián Marías su estudio y antología sobre esta cuestión: «El tema del hombre, dice Marías, no aparece de un modo unívoco y claro en la Filosofía. Su historia presenta inesperadas dificultades, porque lo problemático en él no son las soluciones, sino el problema mismo. La inmensa suma de atención concentrada durante siglos sobre la realidad humana no ha conseguido siquiera plantear el problema en sus términos adecuados y suficientes». (Idéntica afirmación, con palabras diferentes, de las que ya se vió obligado a hacer aquel primer famoso Diccionario fruto del más exacerbado racionalismo de fines del Siglo XVII, en el que nada se quería dejar de de-